

IDENTIDAD Y CULTURA EN LAS CIUDADES MEXICANAS. CONFLICTOS DE LA GLOBALIZACIÓN 1980-1995

Néstor García Canclini*
Raúl Nieto Calleja*
Eduardo Nivón Bolán*

Los cambios de las grandes ciudades y de su cultura han estado muy vinculados en los últimos 15 años a las transformaciones económicas y sociales a nivel mundial. Tras varias décadas de crecimiento sostenido en políticas *nacionalistas y de bienestar*, que se basan en la promoción del pleno empleo y la protección social de sus ciudadanos, las economías desarrolladas realizaron un viraje que arrastró tras de sí a las economías subordinadas de Asia, África y América Latina. Las naciones industrializadas adelgazaron sus Estados y, a través de su dominio comercial y de los mecanismos financieros mundiales, transfirieron al resto del mundo las políticas basadas en los principios neoliberales: producción de un excedente de exportación, supresión de la reglamentación de sus economías, privatización de sus empresas y restricción del gasto público.

El *ajuste* que los países pobres han tenido que realizar para adaptarse a este nuevo contexto mundial ha afectado

niveles estructuradores de la vida social. Pese al crecimiento de la participación democrática en muchas ciudades, el debilitamiento de los Estados no permite afrontar tareas sociales decisivas para un desarrollo equilibrado. La competitividad se convirtió en norma, la adopción de innovaciones tecnológicas y la supresión u olvido de las antiguas reglamentaciones laborales ha transformado el mundo del trabajo, de las relaciones de fábrica y la misma vida cotidiana de los empleados. Con el derrumbe de la economía rural, mayores masas de población se trasladan del campo a la ciudad, muchas veces como mera escala para continuar su viaje hacia las grandes metrópolis internacionales. El desempleo y la economía informal se han vuelto generales y permanentes, parte ya inseparable del paisaje de las grandes ciudades, por no hablar de otros efectos como la delincuencia, la penetración del narcotráfico y, en general, el crecimiento de la inseguridad pública. Cuando se agigantan y se hacen complejos los desafíos demográficos y ecológicos, culturales y políticos de las grandes ciudades, los recursos para atenderlos se empobrecen.

Las fuertes transformaciones socioculturales de los años recientes no son efectos mecánicos de dichos procesos econó-

* Profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa (Iztam-3).

micos. Proceden de una intrincada reestructuración de la vida social, en la que el campo de la cultura —entendida como el conjunto de actos y discursos donde se elabora la significación de las estructuras sociales, y se contribuye a la reproducción y transformación de las sociedades— juega un papel de gran importancia. Se combinan en estos procesos movimientos predominantemente económicos, como la reestructuración de los mercados culturales, otros donde pesan las innovaciones tecnológicas, sobre todo los medios de comunicación masiva, las confrontaciones de los movimientos sociales con las instituciones públicas y privadas, el tránsito de la transnacionalización a la globalización de la cultura, y la redefinición de lo público y lo privado. En consecuencia, el diálogo entre el campo de la cultura y los condicionantes económicos y sociales del cambio se torna indispensable (Appadurai, Stavenhagen y Nolasco 1990; Brunner 1992.)

Una parte creciente de la bibliografía sobre las ciudades mexicanas se dedica en los años ochenta y noventa a indagar cómo se expresan estos cambios en el terreno de la cultura ¿Cuál es su alcance en la redefinición de las identidades locales y nacionales? ¿Cómo prever las tendencias de desarrollo futuro de las transformaciones culturales urbanas? Dos parecen ser los resultados más tangibles de la nueva situación cultural. En primer término, se modifica la noción de espacio al combinarse procesos de desterritorialización y reterritorialización. El segundo aspecto consiste en la reorganización de los mercados simbólicos que, ante el retiro del Estado en gran parte de la promoción cultural, deja los procesos socioeconómicos en nuevos agentes: medios de comunicación masivos, organizaciones empresariales, movimientos sociales, etcétera. En esta brusca transición se producen fuertes tensiones entre una supuesta apertura a la cultura global y el anclaje local de las identidades colectivas.

1. Transformaciones en el uso del espacio: las nuevas dinámicas del consumo cultural

América Latina es la región más urbanizada del mundo. A la rapidez del proceso hay que añadir su enorme dimensión, el 70% de su población vive en ciudades. ¿Qué efecto cultural tiene tal "sobrurbanización"? No parece posible hoy seguir apelando a las tradiciones rurales —indígenas y campesinas— como matriz sustantiva de la cultura nacional. Además, ha cambiado el desarrollo de la vida urbana desde que alrededor del 90% de los consumidores participa de los medios electrónicos masivos (por lo menos radio y televisión), cuyos programas son generados fuera de la propia sociedad y transmiten un imaginario transnacional.

El crecimiento de la ciudad de México ha ocurrido sin que hubiera correspondencia con la estructura y distribución de los equipamientos culturales. A partir de los años cuarenta, en que se aceleran las tendencias industrializadoras junto a la centralización de la infraestructura económica en la capital, se desarrolla también la infraestructura cultural de la ciudad. Para comprender el peso adquirido por la ciudad de México, se

puede tomar en cuenta que en 1950 la ciudad contenía la octava parte de los habitantes del país y ahora representa un quinto de la población. En la actualidad concentra el 25% de la población económicamente activa, el 20 del presupuesto nacional y el 33 de la inversión pública del país.

El crecimiento demográfico y económico generó una enorme expansión de las manchas urbanas, dada la tendencia a que el incremento territorial de las ciudades duplique, por lo común, el crecimiento poblacional de las mismas.² Pero el proceso no ha sido acompañado por una distribución descentralizada de los servicios básicos y de la oferta cultural, de manera que el acceso a los mismos se dificulta para la mayoría de la población. Casi el total de la oferta cultural que pudiera denominarse *clásica* o *tradicional* (centros educativos, librerías, museos, salas de teatro, cine, etcétera) se halla concentrada en la ciudad de México, en un triángulo que va desde el parque Chapultepec hasta el Zócalo (centro de la ciudad), y se extiende en las dos últimas décadas hacia el sur (La Ciudad Universitaria y su entorno). Dentro de este triángulo se hallan la mayoría de los teatros, cines, salas de concierto y música popular, los museos oficiales y privados más importantes, de los 57 que hay en el DF, y otros centros culturales y recreativos (García Canclini y Piccini 1993).

No existen estudios semejantes a los realizados en la ciudad de México³ para otras ciudades del país, pero cabe sostener que estas tendencias se repiten notoriamente en la mayoría de los contextos metropolitanos del país. Esta distribución desigual no sólo se manifiesta en el conjunto de cada territorio urbano. Si nos adentramos en cada una de las zonas de las grandes ciudades, observamos el mismo fenómeno de concentración de los equipamientos culturales en las áreas de mayor prestigio histórico y social.⁴

En la bibliografía internacional sobre consumo cultural se explican su desarrollo y sus desigualdades según la diversa disponibilidad de recursos económicos, los hábitos culturales previos y la administración del tiempo en los diferentes sectores de la población (Bourdieu 1988, Pinçon 1979). Todas estas condiciones están desigualmente distribuidas entre los habitantes de la ciudad de México. No sólo las diferencias de ingresos y nivel escolar generan diversas relaciones con los medios culturales, sino la manera en que el irregular y complejo desarrollo urbano —sin una expansión planificada y descentralizada de los servicios y equipamiento— agrava las distancias económicas y educativas. La combinación de estos obstáculos, la forma en que se potencian unos a otros, genera procesos de segregación cultural y de escaso aprovechamiento de muchos servicios existentes.

La distribución concentrada e inequitativa de los equipamientos para la cultura pública converge, por otro lado, con la tendencia internacional a que disminuya la asistencia a espectáculos urbanos, mientras crece el consumo a través de aparatos de comunicación masiva en el ámbito familiar.⁵ Junto con el consumo de *bienes simbólicos situados* las industrias culturales han desarrollado un amplio abanico de *bienes simbólicos a domicilio*, que ocupan el tiempo li-

bre de los habitantes de la ciudad. Para un amplio sector esta cultura electrónica es prácticamente su única opción de consumo simbólico y entretenimiento en las grandes urbes. Por ejemplo, según un amplio estudio realizado en hogares sobre consumo cultural, 41% de los habitantes de la ciudad de México no asiste a una función de cine desde hace más de un año, 62% de los que afirmaron que les gustaba el teatro no habían visto una puesta en escena en el mismo período o no recordaban cuando lo había hecho, 90% no va a conciertos de música, y así por el estilo en cuanto a ese tipo de oferta cultural. Para un gran sector, en cambio, el uso del tiempo libre se realiza básicamente en el hogar. Las actividades preferidas por la población entrevistada durante los fines de semana son ver televisión (25%), descansar o dormir (16%) y realizar tareas domésticas (11%). Sólo un 15% de los entrevistados declara vivir experiencias culturales fuera del dominio hogareño y vincularse de una o de otra manera con las redes urbanas de sociabilidad y esparcimiento público. La reclusión en el ámbito doméstico es más notoria en el consumo televisivo: el 95% de la población afirmó haber visto televisión la semana en que se realizó el estudio, de los cuales 48% dijo haberlo hecho por lo menos durante dos horas y el resto por un tiempo mayor (García Canclini y Piccini 1993).

Este desarrollo de la industria cultural a domicilio parece indicar una tendencia a la reclusión y al enclaustramiento y, en consecuencia, se presenta como muestra de la fragmentación y segmentación de la ciudad. Confirma esta interpretación otro estudio realizado en 20 municipios periféricos de la zona metropolitana de la ciudad de México, durante 1993, en el que preguntó a los entrevistados lo siguiente *¿vive usted en la ciudad de México?* Casi dos tercios (62%) dio una respuesta negativa. Después se les hizo esta pregunta: *Entonces ¿dónde vive?* La respuesta fue muy variada. Algunos se refirieron a su municipio, otros al estado federal en que vivían, otros a su colonia. Es interesante que el factor distancia no interviniera homogéneamente para determinar las respuestas. Por ejemplo, tres municipios que están a una distancia de 20 km con respecto al centro de la ciudad, tuvieron una enorme variación en cuanto a cómo apreciaban esta cuestión. El municipio norteño de Cuautitlán contestó positivamente en un 20%, en Chimalhuacán, en la zona pobre del oriente, 40% respondió positivamente y en Huixquilucan, un municipio rico del poniente de la ciudad, 63.6% afirmó que vivían en la ciudad. Las proporciones son menos importantes que las respuestas en sí mismas, las que presentaron una gran variación: *Vivo en el valle de México, en la periferia, en el área rural, en provincia, en la orilla, en la zona suburbana, en un pueblo, en la zona conurbada...* A diferencia del habitante de la zona central de la ciudad que inmediatamente se identifica con ésta, el poblador de la periferia tiene dificultades para hacerlo.

Sin embargo, los datos obtenidos sobre la forma de empleo del tiempo libre abren, junto con el uso de los bienes simbólicos tradicionales y los de la industria cultural, un amplio espectro de usuarios de las redes de socialización locales: el deporte es la actividad no doméstica preferida (6%), y actividades

como "ir a visitar a familiares", "pasear por la ciudad", "ir a fiestas y reuniones" ocupan una parte considerable del tiempo libre. Estas prácticas, en general, no contrarrestan el bajo uso de la ciudad extensa que propician la fragmentación y segregación urbanas, pero permiten concluir que, además del consumo cultural doméstico, hay un uso intenso de redes y ámbitos de socialización locales.

Las consecuencias de tal reestructuración de la vida cultural de la ciudad son múltiples. Una es la ya mencionada dificultad para alcanzar una visión general con la ciudad, la diversidad urbana, así como los límites físicos y culturales, tienden a borrarse, y las escalas y distancias se estiran o se acortan por la mediación de las industrias culturales y las nuevas tecnologías. El espacio adquiere otra significación para los habitantes, de acuerdo con la accesibilidad que se tenga por medio de recursos tecnológicos de comunicación.⁶ Pero además una nueva estructuración de la esfera pública se ha venido gestando en el último período. Norbert Lechner identificó este proceso en un estudio sobre la vida cotidiana de Santiago de Chile durante los tempranos años ochenta (1982), donde detecta una fuerte tendencia a una sociabilidad segregada, contralida al ámbito grupal, como consecuencia de que los lugares de encuentro social parecerían haber disminuido. La resignificación del ámbito público involucra una transformación de la esfera privada. Por ello, concluye que "la pérdida de colectividad tiene por consecuencia una pérdida de privacidad. En la medida en que lo público ya no significa la inserción en una comunidad, lo privado pierde su sentido como ámbito exclusivo de la individualidad" (Lechner 1991).

Así pues, la imagen tradicional de la cultura urbana montada sobre el uso del espacio público, generador de vínculos de identidad colectiva amplia, se ve inhibido en la actualidad por factores como la tendencia creciente a la reclusión doméstica y parroquial, el desagrado por el viaje urbano, las aglomeraciones, el miedo a la inseguridad, además de las condiciones de pobreza y marginación de sectores crecientes de la población. En contraparte, el uso del espacio privado se intensifica, al centrarse alrededor de los medios de comunicación masiva, principalmente la televisión; el espacio familiar es, según los datos de varios estudios, un lugar físico de encuentro y, llevando un poco más lejos la interpretación, de repliegue y protección material ante la ciudad. Pero hay que ser cuidadoso de no generalizar estas tendencias. Otros estudios culturales⁷ muestran que existe en la ciudad un sector de la población consolidado, dispuesto a movilizarse alrededor de la oferta cultural existente, y que acude con asiduidad a actividades de la más variada índole, sean funciones de cine o conciertos, representaciones teatrales o bailes. Sin embargo, dicho segmento representa una minoría en comparación con los amplios sectores desmovilizados, pendientes de las redes electrónicas desde sus hogares y únicamente atados a lazos de solidaridad local y familiar.

Encontramos situaciones equivalentes en otros contextos urbanos. En Guadalajara, pese a su alto crecimiento reciente, la Cámara Nacional de la Industria Cinematográfica calculaba a mediados de 1992 que en los tres años anteriores habían ce-

rado 26 salas de cine en el área metropolitana, o sea la tercera parte de las salas afiliadas a la Cámara en 1989. En tanto, existían 450 videoclubes — en ese mismo año de 1992 — con alrededor de 220 mil suscripciones, las que, en el caso de una de esas cadenas de video, generaron la renta de 7.5 películas en promedio durante junio de ese año (Sánchez Ruiz 1994). Estas tendencias no son exclusivas de las grandes ciudades: Mérida, con una población de 523 mil habitantes, según la información censal disponible, contaba en 1993 con nueve cines y 269 videoclubes, y la televisión por cable avanzaba tan rápidamente que Cablevisión esperaba contar con el 65% de los meridianos como suscriptores al año siguiente (Quintal y Reyes 1994); Tijuana por su parte contaba en 1993 con 383 videoclubes. En ambas ciudades se registraron casos en que, para gozar del video doméstico, los habitantes llegaban a trasladarse media hora y en Tijuana, a cruzar la línea fronteriza para ir a rentar videos (Valenzuela 1994).

¿Qué significan estas transformaciones en la diagramación cultural de la vida urbana? En primer término, compensan la desarticulación de las ciudades grandes y algunas medianas, así como su gradual descentralización, que se evidencia en el crecimiento de las periferias y la expansión territorial, que ahonda las distancias entre la vida pública y las zonas de residencia.⁸ Compensa, asimismo, el creciente aislamiento de los habitantes marginales, sometidos a un ritmo extenuante para desplazarse entre sus espacios de trabajo y los asentamientos de sus viviendas. Por otra parte, establece un sistema regulado de vínculos culturales comunes en ciudades construidas sobre la base de migraciones permanentes y la anexión de pueblos suburbanos. Ambos hechos tienen como efecto de arrastre la coexistencia de numerosos códigos culturales, de hábitos y costumbres que oscilan sincréticamente entre formas tradicionales y los nuevos estilos de la modernidad urbana. Finalmente, en relación con los mínimos niveles de escolaridad de la mayoría de la población, asegura formas primarias de contacto con la información y el saber.



2. Las identidades: de los movimientos sociales al consumo caótico

Resulta significativo que dos de los últimos libros de Carlos Monsiváis *Entrada libre* y *Los rituales del caos*, intenten describir con imágenes exasperadas los momentos culturales más intensos de la vida urbana en los últimos años. Observador de las multitudes, Monsiváis las mira a partir de dos de sus caras a la vez excluyentes y complementarias. Como movimientos sociales las multitudes representan el lento paso de la resistencia, ¿organizada?, frente a la ilegalidad y la desgracia económica de la década perdida. Son la puesta en escena del comunitarismo casi natural de las masas que abre los movimientos sociales a la democracia, al ejercicio de derechos ignorados o negados por décadas de autoritarismo e impunidad. Constituyen un intento, a veces poco claro y confuso nos dice, de intentar conferir al proceso de modernización un rostro humano opuesto a la desigualdad consagrada por la apertura y reconversión industrial, que concentra todavía más la poca riqueza en pocas manos. También buscan armonizar las contradicciones entre la vida privada y la pública, lo familiar y lo social, lo moderno y lo tradicional.

El otro rostro es el del consumo. Multitudes cambiantes que se transforman muy rápido ante el prestigio o la identificación que les provoca la compra y el poder de compra. El consumo es, para Monsiváis, uno entre tantos factores que, por ser radicalmente opuesto a la homogeneización, concurre a la generación del caos, mitigado por la disciplina impuesta a las multitudes por el espectáculo, única manera de introducir las en el orden, de aquietarlas, en una mezcla de autoritarismo e igualdad.

El desarrollo de las políticas neoliberales ha sido acompañado en México y América Latina, por un permanente desarrollo de los movimientos sociales. Éstos, a diferencia de los años anteriores rebasaran los límites estrechos de los movimientos clasistas y se han abierto a múltiples sectores de la sociedad. Así dan cuenta de cambios en la acción colectiva que, al decir de Fernando Calderón, son más que una respuesta defensiva a la crisis y al cambio: marcan una franca transición societal con dirección incierta, ya sea hacia *sociedades programadas dependientes*, de caos, sociedades altamente dualizadas o de *consenso intrasocietal* (Calderón 1995:13). Los terremotos de 1985 en la capital mexicana, al brindar la oportunidad de presenciar, condensada en un breve tiempo, la fuerza de estas nuevas tendencias, se volvieron un momento casi fundacional de los movimientos sociales de este último periodo. En una compleja articulación ante el desastre urbano, la falta de democracia y la pobreza, la expresividad social alcanzó dimensiones no vistas hasta el momento: los pobladores afectados demandaron eficientes y rápidos programas de reconstrucción y renovación habitacional, las obreras de la industria del vestido exigieron democracia sindical; los profesionales aglutinados en el amplio número de organizaciones no gubernamentales defendieron la autonomía de la gestión comunitaria, los ciudadanos en general demandaron democra-

cia. En suma, un nuevo personaje la *sociedad civil* hizo su aparición en el ambiente político y cultural de las ciudades mexicanas.⁹

En un intento de captar las propuestas propiamente culturales de estos movimientos y acercar el análisis académico a la experiencia práctica de 20 proyectos autogestivos, tanto de la ciudad de México como de otras del interior del país, Héctor Rosales (1995) se interroga sobre la capacidad de diferentes grupos organizados para realizar una gestión cultural adecuada a las necesidades comunitarias, promover el fortalecimiento de sus identidades y la creatividad popular. ¿Es posible que con estas iniciativas se enfrente la incomunicación y la desarticulación de las ciudades, precisamente cuando el objetivo de la mayoría de los proyectos es poder consolidar sus comunidades territoriales? Las identidades cada vez menos se forman y se renuevan en relación con las tradiciones locales; también las configura en la actualidad el conjunto heterogéneo de bienes y mensajes que se producen y circulan internacionalmente. Se establece así una distancia entre la pertenencia territorial como mediación para la constitución de identidades urbanas y de actores relacionados ahora por la mediación massmediática.¹⁰ ¿Cómo se han transformado entonces las identidades urbanas, tomando en cuenta estos dos grandes procesos que las constituyen, dentro de los movimientos actuales de acuerdos multinacionales y globalización?

Mientras en las identidades tradicionales populares con base local es previsible una débil influencia de los procesos de globalización, sea por la fuerza de sus dinámicas internas o por el escaso interés que tienen para las tendencias económicas mundiales.¹¹ La *alta cultura* de las élites urbanas se ve cada vez más influida por los circuitos culturales globales y desterritorializados. Los productores de este tipo de bienes culturales se enfrentan, no sin contradicciones, al reto de producir para un mercado donde las fronteras nacionales se diluyen, aunque tales diferencias se vuelven a reconstituir a veces por las grandes instituciones de cultura mundiales. Así vemos florecer en las ciudades culturales mexicanas galerías vinculadas a las metrópolis (Nueva York, Los Angeles, París), las cuales se encargan de acercar a los creadores al mercado glo-

bal, y de reconfigurar las líneas de diferenciación cultural de acuerdo con las exigencias del mismo mercado. De ahí la trampa en la que se ven envueltos los artistas latinoamericanos, al verse obligados a repetir hasta la saciedad las fórmulas del realismo mágico o el *gustaco*, es decir los estereotipos *tercermundistas* que gustan a los *marchands* y espectadores de las metrópolis (Yúdice).

Es en la cultura audio-visual masiva donde, como se sabe, han operado más intercambios entre México y los Estados Unidos de América. Las tendencias actuales del libre comercio acentúan la cercanía tradicional con la cultura de ese país. Ante este escenario se ha puesto en mayor evidencia la distancia entre las políticas educativas y culturales desplegadas por el Estado mexicano, a lo largo de este siglo, y las seguidas en el espacio audiovisual. Las primeras buscaron construir una identidad común de lo mexicano con base en símbolos nacionales, de actores y actrices, objetos y costumbres surgidos en México. En cambio, en los ochenta y noventa, el Estado se ha desprendido de canales de televisión y no ha desarrollado acciones culturales en televisión por cable ni en video (salvo la señal de un canal 22 y un limitado programa de videotecas), con lo que casi el 80% de las películas que circulan en televisión abierta, por cable y video son de origen estadounidense y tienen un perfil comercial. El peso de esta oferta cultural importada ha transformado las preferencias del público, a tal grado de que los espectadores mexicanos a menudo menosprecian la producción audiovisual del país, o bien tienen como referentes fundamentales, para la valoración estética de lo que se hace en México, los criterios hollywoodenses: la espectacularidad, el comportamiento de los *divos* y el predominio de la acción sobre cualquier otro mérito formal de las películas.

Hay que hacer notar que la reorientación de los consumos culturales apreciable en los medios de información y entretenimiento masivo, es sólo un anticipo de la remodelación inducida por las autopistas de la información. La distancia entre las metrópolis y los países latinoamericanos, y la dependencia de éstos, es aún mayor respecto de las tecnologías avanzadas (satélites, computadoras, internet, etcétera) las cuales suministran información para tomar decisiones e innovar. En la ciudad de México y en otras como Guadalajara, Monterrey y Tijuana, en la medida en que pueden ser consideradas *ciudades globales*, o sea reestructuradas por el peso creciente de las tecnologías de información que las convierten en nudos de interconexión global, estas innovaciones se vuelven factores reconfiguradores de lo urbano (Sassen).

Esta breve vuelta por las bambalinas de los circuitos culturales formadores de identidades, permite entrever una cuestión clave de la vida cultural en las ciudades del país: la *multiculturalidad*. La redefinición de las identidades en México ha superado su base territorial. La transmisión por satélite y las nuevas redes de cable óptico están transformando la comunicación científica (correo electrónico, telemedicina), la ofimática (informática en las oficinas), los servicios bancarios e interempresariales y, por supuesto, la distribución de espec-





táculos culturales, por no hablar de los videojuegos, las telecompras y la información nacional e internacional. El ordenamiento espacial que daba tradicionalmente el espacio de cada ciudad a las prácticas de sus habitantes, es desbordado por la reubicación informática y de comunicación, en suma cultural, de las urbes en la globalización.

Monsiváis ha visto la dialéctica reciente de la constitución de identidades a la luz del péndulo de los movimientos sociales y el consumo. En otro lugar hemos explicado por qué *el consumo sirve para pensar*, es decir, constituye una actividad multifasética e indicativa de una gran variedad de relaciones sociales, no sólo de apropiación de los bienes sino de clasificación y significación de la vida social. La forma en que esta actividad se realiza:

...ha alterado las posibilidades y las modalidades de ser ciudadano[...]. Hombres y mujeres perciben que muchas de las preguntas propias de los ciudadanos, a dónde pertenezco y qué derechos me da, cómo puedo informarme, quién representa mis intereses, se contestan más en el consumo privado de bienes y de los medios de comunicación masiva, que en las reglas abstractas de la democracia o en la participación colectiva en espacios públicos [García Canclini 1995:13].

Las identidades urbanas tiene ahora ante sí nuevos referentes para desarrollarse.¹² La moda, la música, la tecnología, el cine y el lenguaje publicitario, entre otros, constituyen ámbitos por los que se cruzan los individuos en su búsqueda de

las comunidades que los identifiquen y diferencien. Comunidades de consumidores en contextos multiculturales que reorganizan hoy sus mapas urbanos, sus tiempos de vida, sus deseos y aspiraciones en una constante tensión entre la homogeneización y la heterogeneidad. Esto condiciona la manera en que se desarrollarán las bases culturales de la ciudadanía y por tanto, las posibilidades de que los diversos desarrollos grupales y regionales sean reconocidos en la construcción de la democracia.

Bibliografía

- Aguilar, Miguel Ángel, Héctor Rosales y Amparo Sevilla. 1992. "Cultura urbana en México en los ochenta: notas para un balance" en *Sociológica*, 7 (18), 1992:111-140. UAM-A, México.
- Appadurai, Arjun. 1990. "Disjunctive and difference in the global culture economy" en *Theory, culture and society*, 7 (2-3), junio 1990: 295-310.
- Bartra, Roger. 1987. *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. Grijalbo, México.
- Brunner, José Joaquín. 1992. *América Latina: cultura y modernidad*. Grijalbo/CNSA, México.
- Bourdieu, Pierre. 1979. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus, Madrid, 1988.
- Briséño, Juan y Ludka de Gortari. 1987. *De la cama a la calle: sismos y organización popular*. CESAS, Cuadernos de la Casa Chata 156, México.
- Calderón, Fernando. 1995. *Movimientos sociales y política. La década de los ochenta en Latinoamérica. Siglo XXI UNAM, México*.
- Di Pardo, Renée et al. 1987. *Terremoto y sociedad*. CESAS, Cuadernos de la Casa Chata 157, México.
- García Canclini, (Coordinador). 1993. *El consumo cultural en México*. CNSA, México.
- _____. et al. 1991. *Públicos de arte y política cultural. Un estudio del II Festival de la Ciudad de México*. DDF/INAM/UAM-UAM-X, México.
- _____. (Coordinador) 1994. *Los nuevos espectadores. Cine, televisión y video en México*. INCEM/CNSA, México.
- _____. y Mabel Piccini. 1993. "Culturas de la ciudad de México: símbolos colectivos y usos del espacio urbano", en García Canclini (coordinador). *El consumo cultural en México*. CNSA, México.
- _____. 1995. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo, México.
- González, Jorge A. 1995. *Más cultura (s)*, México, CNSA.
- Guevara Niebla, Gilberto y Néstor García Canclini (coordinadores) 1992. *La educación y la cultura ante el Tratado de Libre Comercio. Nexos/ Nueva Imagen*, México.
- Inglehart, Ronald, Miguel Basañez y Neil Nevitte. 1994. *Convergencia en Norteamérica: comercio, política y cultura, Siglo XXI/Esté País*, México.
- Lechner, Norbert. 1983. *Notas sobre la vida cotidiana: habitar, trabajar, consumir*, (dos partes), FLACSO, (Material de discusión 50, 53 y 54), Santiago de Chile.
- Lomnitz, Claudio. 1994. *Salidas del laberinto*. Joaquín Mortiz, México.
- Macías, Jesús Manuel y Georgina Calderón (Coordinadores). 1994. *Desastres en Guadalajara: notas preliminares y testimonios*. MOM/CESAS, México.
- Monsiváis Carlos. 1987. *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza*. Era, México.
- _____. 1995. *Los rituales del caos*. Era, México.
- Raúl Nieto y Eduardo Nivón. 1994. "Etnografía, ciudad y modernidad" en *Alteridades*, 3 (5), 69-78. UAM-A, México.
- Nivón Bolán, Eduardo. 1993. "El consumo cultural y los movimientos sociales", en García Canclini (coordinador). 1993. *El consumo cultural en México*. Grijalbo/CNSA, México.

Padilla, Cristina y Rossana Reguillo (compiladores), 1993, *Quién nos ha hecho. Guadalajara 22 de abril*, IIESO, Guadalajara, Jalisco.

Piñon, Motique, 1979, *Espace social et espace culturel*, Centre de Sociologie Urbaine, Paris.

Quintal, Ella Fanny y Guadalupe Reyes, 1994, "Mérida: ver cine en una ciudad de provincia" en García Canclini, (coordinador), *Los nuevos espectadores. Cine, televisión y video en México*, IUNAM/CNCA, México.

Ramírez Saiz, Juan Manuel, 1986, *El movimiento urbano popular en México*, Siglo XXI, México.

_____, y Jorge Regalado, 1994, "Después del desastre. Entre la esperanza y resistencia ciudadana" en *Revista Universidad de Guadalajara*, núm. especial 22 de abril: 34-41, UDG, Guadalajara, Jalisco.

Reguillo, Rossana, 1991, *En la calle otra vez. Las banderas: identidad urbana y usos de la comunicación*, IIESO, Guadalajara, Jalisco.

_____, 1995, "Pensar la ciudad desde la comunicación. Un ejercicio necesario" en Jesús Galindo y Carlos Luna, (coordinadores), *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva*, CNCA, México.

Rosales Ayala, Héctor, (Coordinador), 1994, *Cultura, sociedad civil y proyectos culturales en México*, CNCA/UNAM-CRIM, México.

Rowe, William y Vivian Schelling, 1993, *Memoria y modernidad. Cultura popular en América Latina*, CNCA/Grijalbo, México.

Safa Barraza, Patricia, 1993 "Espacio urbano, sectores sociales y consumo cultural en Coyoacán" en García Canclini (Coordinador), 1993, *El consumo cultural en México*, CNCA, pp. 85-122, México.

Sánchez Ruiz, et al., 1994, en "Guadalajara: cine, televisión y video" en García Canclini (coordinador), *Los nuevos espectadores. Cine, televisión y video en México*, IUNAM/CNCA, México.

Sassen, Saskia, 1991, *The global city. New York, London, Tokyo*, Princeton University Press.

Saunders, Rodolfo y Margarita Nolasco, 1988, *Política cultural para un país multirracial*, Universidad de las Naciones Unidas, México.

Valenzuela, José Manuel, 1988, *¿A la brava es! Chicos, punk, chavos banda*, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, Baja California.

_____, 1994, "Tijuana: La recepción audiovisual en la frontera" en García Canclini (coordinador), *Los nuevos espectadores. Cine, televisión y video en México*, IUNAM/CNCA, México.

Ydígor, George, *Globalización y nuevas formas de intermediación cultural*, ponencia presentada al seminario *Identidades, Políticas e Integración Regional*, Montevideo, 22-23 de julio de 1993.

Notas

- Así, por ejemplo en lo que toca a esta etapa de integraciones económicas, varios estudios recientes argumentan que la compatibilidad en los estilos culturales de desarrollo es un ingrediente básico para que se desenvuelva con éxito cualquier integración multinacional. Algunos autores jerarquizan "la similitud de las orientaciones hacia la democracia" y la coincidencia o convergencia de las modalidades de desarrollo económico (Inglehart, Bazañez y Nevitte, 1994).
- Puede observarse, por ejemplo, el caso de la ciudad de México, cuyo crecimiento espacial, en la década 1980-1990, integró 10 municipios más a la zona metropolitana, en tanto que el de su población fue mucho menor en relación con las expectativas.
- Nos apoyamos aquí especialmente en los siguientes trabajos: Néstor García Canclini, 1993, *El consumo cultural en México*, y García Canclini et al., 1991, *Públicos de arte y política cultural. Un estudio del II Festival de la Ciudad de México*. Entre los escasos estudios de alcance nacional, pero circunscritos a un tema específico, señalamos los reunidos en el volumen coordinado por Guevara Niebla y García Canclini, 1992, *La educación y la cultura ante el Tratado de Libre Comercio* y por García Canclini, 1994, *Los nuevos espectadores. Cine, televisión y video en México*. El Programa de Estudios sobre Cultura

- Urbana establecido en el Departamento de Antropología de la UAM-Iztapalapa, realiza desde 1993 una serie de trabajos sobre la ciudad de México, que están por publicarse. Por otra parte, están por ver luz los primeros resultados del programa sobre infraestructura cultural de las ciudades mexicanas, que desde la Universidad Autónoma de Colima dirige Jorge A. González.
- A este respecto pueden consultarse los trabajos de Patricia Safa Barraza, quien ha seguido con detenimiento este proceso durante varios años en la Delegación Coyoacán.
 - Según los Censos Generales de Población de 1960 y 1970, el 28% y el 69% de la población del Distrito federal, respectivamente, contaban con radio y televisión. Los estudios realizados a fines de los ochenta indican que casi el 100% de los hogares cuentan con dichos aparatos.
 - En nuestro ejemplo sobre la identificación de los municipios periféricos con la ciudad en su conjunto, resultó claro que el ingreso es un factor que la propicia positivamente, pero también lo fue el sexo, pues más hombres que mujeres se consideraron vivir en la ciudad, al igual que los universitarios sobre cualquier otro nivel educativo y los habitantes de las colonias residenciales, para población de altos ingresos, o de las unidades habitacionales, para la clase media.
 - Véase en este caso la investigación coordinada por Néstor García Canclini (1991) sobre el II Gran Festival de la Ciudad de México.
 - Sobre la fragmentación y la falta de identificación con la metrópoli, véase Nieto y Nivón (1993).
 - Sobre los sismos de 1985 en la ciudad de México, pueden verse Broseño y De Gortari, 1987, y Di Pardo et al., 1987. Por cierto, un proceso semejante se observó en la ciudad de Guadalajara ante el desastre urbano vivido por las explosiones de la línea de ferrocarril como consecuencia de la acumulación de combustibles en dicha red. Al respecto véase Macías y Calderón (coordinadores), 1994; Ramírez y Regalado, 1994 y Padilla y Reguillo (compiladores), 1993.
 - Rossana Reguillo (1995) coloca en el centro esta alternativa en la construcción de las identidades urbanas. A partir de este enfoque podemos diferenciar el amplio campo de análisis de las identidades urbanas, la misma autora nos da una muestra de trabajo analítico en su investigación sobre bandas juveniles en Guadalajara (1991) y José Manuel Valenzuela en Tijuana (1989). La mayoría de las investigaciones reseñadas por Aguilar, Rosales y Sevilla tienen como común denominador el predominio del factor territorial en la constitución de identidades.
 - Es previsible, sin embargo, que los procesos de globalización, con sus exigencias de productividad, afecten la vida cotidiana de los productores al promover, a veces en forma radical, importantes reestructuraciones productivas.
 - El tema de la identidad tiene conexión obligada con otros trabajos que, aunque no lo consideran como sujeto central, la problematizan desde distintas dimensiones: Roger Bartra (1987) es, desde luego, un referente fundamental con su trabajo sobre la vinculación de la cultura nacional con el nacionalismo como ideología estatal. Sus reflexiones sobre la cultura y lo mexicano tuvieron gran impacto a fines de los ochenta y encuentran una cierta continuidad en las reflexiones de Claudio Lomnitz (1994), quien renueva también los estudios en esta área. Por su parte, la cultura popular fue tema de reflexión importante hasta fines de los ochenta cuando entra en un relativo agotamiento; sin embargo, es conveniente atender a la visión que de este tema desarrollan Rowe y Schelling (1993), ya que representa un punto de vista externo y recupera la especificidad de la aportación latinoamericana. Finalmente, en lo que toca a los análisis de comunicación queremos resaltar las aportaciones de Jorge A. González (1995).
- Otros trabajos sobre la vida urbana merecen también ser referidos. En particular la perspectiva de Larissa Adler de Lomnitz (1994), quien presenta un conjunto de investigaciones sobre las transformaciones de las redes en la organización social urbana, así como la permanente reflexión de Juan Manuel Ramírez Saiz sobre los movimientos populares urbanos, a los largo de los años ochenta y noventa.